

Hémoslo detenido un tanto á hablar de la divina monja porque así lo reclama el interés que ella inspira, como se detiene el caminante por noche tenebrosa á contemplar el astro rey, que, rasgando las densas brumas, despeja el horizonte y asciende majestuoso á producir el día.

Sor Juana Inés de la Cruz resume todo lo que la Nueva España pudiera reivindicar como legítima gloria literaria, y ante ella se borran y desaparecen cuantos literatos contó la colonia, como palidecen las estrellas á la aparición de Diana en plena luz.

En tan profundo decaimiento encontró á España el siglo XVIII, como si, cansada de haber dominado al mundo, sola contra todos, por agotamiento de fuerzas cayera abrumada bajo el peso de su grandeza propia;



D. Juan Ruiz de Alarcón

que todo el nobilísimo empeño de los tres Borbones, de Felipe V al vencedor de Bitonto, no fué parte á levantarla de su incurable postración.

Esos tres Borbones, y de ellos el gran Carlos III muy principalmente, conquistaron de sobra el derecho á la gratitud del pueblo español y al aplauso de la Historia; mas frustrada su labor, irrealizados sus ideales, sólo han dejado esta gran enseñanza: que no depende de la voluntad ni de la acción tesonera de un Jefe de Estado cambiar los destinos que la ley de la lógica tiene decretados á un pueblo. El presente es y será siempre la fatal resultante del pasado.

La liberal política de esos tres Borbones encaminábase á afianzar los cimientos en que reposaba la monarquía española, rudamente trabajados, quizá más por las intrigas domésticas que por contiendas con el exterior, y, entre tanto, hallaban fácil acceso á las colonias las ideas modernas, que, minando al mundo antiguo, pronto habrían de derrumbarlo.

La filosofía del siglo penetraba por los puertos de la que se llamara América de España, ora de contrabando, ya hasta en los objetos mismos del comercio lícito; en las modas, en los usos y costumbres que viajeros, emigrantes ó funcionarios traían allende el Atlántico.

Nuevas ideas políticas fueron penetrando ó surgiendo en las conciencias, manifestándose aspiraciones hasta entonces, si preexistentes, solapadas, y esbozándose nuevas formas de existencia, á lo que contribuyó no poco el profético informe y plan de gobierno de las colonias del profundo y luminoso estadista Conde de Aranda.

En la Nueva España ya nadie se cura de poesía ni de ociosas literaturas. Otros sentimientos preocupan los ánimos: presienten la lucha de lo que va á venir contra lo existente, y en esta hondísima é inquietante gestación del futuro inmediato, sobrevienen acontecimientos que abrevian la etapa.

Muere Carlos III y adviene su desacertado hijo, y con él un período de bajas intrigas y de corrupciones, tan sólo comparables á las del reinado del postrero de los Austrias, que hacen de la Nueva España obsequio de virreyes, aptos únicamente para bastardear el prestigio del poder, pero útiles, altamente provechosos, para la gran causa que va á surgir: la emancipación de la colonia.

No sin razón el nombre de Carlos parece haber quedado abolido en la sucesión de la monarquía española.

II

ELEMENTOS GENERADORES DE LA LITERATURA MEXICANA. SU DESARROLLO Y PROGRESOS

El grito de Independencia lanzado por el padre Hidalgo desde el rincón de Dolores, corrió como estremecimiento plutónico por toda la extensión de la ya intranquila Nueva España.

Los conceptos balbutidos por el licenciado Verdad, en medio del escándalo que su inaudita temeridad provocara, que la Santa Inquisición hizo pagarle con estrecho calabozo y misteriosa muerte, eran proclamados ahora con la franqueza y bravura de un reto de combate. La soberanía popular, la emancipación del señorío de España, la constitución de un gobierno doméstico, con participación de todo lo apto, sin irritantes exclusiones, el derecho de igualdad hasta para con la misma antigua dominadora; en una palabra, la reivindicación por parte de la colonia de los atributos inherentes á una autonomía nacional, dieron vida á vocablos nuevos, no oídos hasta ahí, cuya acepción propia no habría de quedar definida sino después de realizado su sentido, y que, no obstante que correspondieran á ideas aun confusamente concebidas, no por eso dejaban de suscitar en los cerebros nuevas direcciones de lucubración intelectual.

El manifiesto del padre Hidalgo, refutando los anatemas que el alto clero fulminara contra la insurrección, sus proclamas y las de sus heroicos tenientes, sonaban informadas en un nuevo lenguaje; y estos documentos, los más de ellos fugaces, mal conservados en la memoria de aquellos á quienes iban dirigidos, constituyeron la simiente de una literatura llamada á germinar en suelo diverso del en que los hombres de letras de la colonia habían solido cultivarlas.

La vida de campamento con su desborde de expansiones, con sus exuberantes entusiasmos, con sus anhelos de combate para alcanzar la vislumbrada victoria; la comunidad de regocijos por el éxito ganado ó en perspectiva, la comunidad de tristezas por la muerte de los compañeros en la lid ó prisioneros, que aquella guerra se hacía á bandera negra y sin cuartel, todo esto debió necesariamente inspirar, é inspiró, en efecto, á espíritus, no por incultos carentes de cierto don poético, cantos ya alegres ó entusiastas, ya melancólicos y doloridos, que surgían de improviso al resplandor de las fogatas del vivaque, en el alto de una etapa ó en la vigilia de las guardias. Y estos cantos, hijos de una inspiración tan ruda como espontánea, desajustados á los preceptos del arte, eran, sin embargo, poesía, y poesía en lo que la divina Musa tiene de sincero, de ingenuo y sencillo, como es perfume el de la flor silvestre, y canto, el del pájaro en la espesura.

Pero estos gérmenes de literatura así esparcidos no eran susceptibles de fecundación en aquella forma difusa. El alma y sentir de los insurgentes absorbíanse en las dificultades de una guerra para ellos tan desigual, en que habían menester suplir con el valor, la abnegación y el heroísmo la deficiencia de recursos, y hacer de los fantásticos mirajes del entusiasmo esperanzas de vencimiento. Tras eso, lo demás carecía de importancia.

Las evoluciones humanas, una vez iniciadas, hallan en sí mismas alientos que parecen venir de una voluntad suprema. Tenía la insurrección necesidad de un medio de propaganda de sus ideas, y aun oreaba la sangre de Hidalgo, de Allende, de Aldama y de Jiménez en los patibulos de Chihuahua, cuando ya el doctor Cos lograba dotar de una imprenta (1) á la *Suprema Junta Nacional Americana*, de Zitácuaro, poderosa catapulta que iba á aventar en todas direcciones el pensamiento de la rebelión emancipadora. Fué glorioso fruto de esta adquisición *El Ilustrador Americano*, revista semanal, que, erigida en cátedra de

(1) A la perseverante labor de este insigne patriota debió la insurrección la primera imprenta, cuyos caracteres, hasta formar cinco pliegos, talló de su propia mano.